

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven rusa, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Instabilidad [poesia], por doña Micaela de Silva—El cirujano de Marina [continuacion], por don R. R. de Mendoza.—Variedades: La caza del hombre, por doña Cármen Tamarit de Flamant.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurín de detalles.*

INSTRUCCION.

LA JÓVEN RUSA.



CLOCADA la Rusia al confin del Norte de Europa, tanto por la distancia como por sus instituciones, ha permanecido alejada de nosotros, aun cuando hoy la brevedad de las comunicaciones y la civilizacion la van aproximando. Por esto no presenta aquel vasto pais un tipo de acabada instruccion, pero le ofrece, sin embargo, de originalidad.

En la familia rusa hay un jefe, que es el padre, al cual todo se plega. Es el señor del antiguo feudalismo, pero sin aquella rudeza, sin aquellas costumbres bélicas ni fanáticas preocupaciones.

La madre ocupa tambien un importante puesto; y si por hábito, ó por otras circunstancias, no dá á sus hijos los conocimientos necesarios para brillar en una conveniente posicion, es al menos la mas tierna de las madres, y vela sin cesar con la mas viva solicitud por los progresos y por cuanto afecta á la educacion de su hija, que se muestra siempre complaciente y dócil, no solo á sus consejos, sino á sus menores insinuaciones, y aun se anticipa á ellas, en su constante deseo de agradarla.

Todo el que posee en Rusia una fortuna regular, sabe ostentarla, y una de las primeras atenciones es tener una aya instructora para las hijas.

Estas servidoras son las encargadas de comunicar

la ciencia, de inculcar los diversos conocimientos que poseén, son ayas y profesoras, enseñan cuanto saben, pero la madre vigila incesantemente á la instructora y á la discípula. No hay la separacion que en la familia inglesa: la madre y la hija viven juntas; la instructora es un tercero, que participa, sin embargo, de la intimidad del hogar, donde la vida es una comunidad de buenos sentimientos, de pequeños servicios recíprocamente prestados, y de excelente armonía: allí reina verdaderamente la paz y la felicidad.

En los grandes espectáculos que tienen lugar en el mundo en que se vive, la madre se presenta sola ó rodeada de sus hijas y del aya; mas cuando el buen parecer lo aconseja, los hijos y la madre se eclipsan, á menos que no sea una reunion de familia ó de amigos íntimos.

Poseyendo la madre rusa todas las cualidades de corazon y de alma, no sabemos porqué no ha de conducir ella misma la educacion de sus hijas, comunicarle lo que sepa, formar su inteligencia, y guiarla en medio del mundo como en medio de la familia. Pueden variar las costumbres de los paises, pero el deseo y buen querer de una madre es siempre invariable, porque no olvida jamás los santos deberes que le ha confiado la Providencia, porque no puede hacer traicion á su ternura, á sus dulces sentimientos, á ese amor de madre, que se siente y no se esplica.

La civilizacion que se va introduciendo en Rusia, á la vez que modifica ciertas costumbres rudas, se mezcla con otras patriarcales, y establece esas dulces intimidades de nuestra moderna sociedad, por lo que es difícil escojer la especialidad que distingue á la jóven rusa.

Por una parte se ven los usos y costumbres de los pueblos pobres de las regiones del Norte, la servidumbre que pesa hoy sobre las nueve décimas partes del imperio, á pesar de las nuevas y generosas providencias del actual Emperador, y por otra un refinamiento de civilizacion que puede competir con la de los pueblos mas adelantados. Pero hay un carácter distintivo en la jóven rusa, y es, una grande, inmensa sumision, un profundo respeto y un entrañable cariño hácia sus padres. La hija, aunque esclava del señor, como su madre, es capaz de los mas grandes sacrificios para mostrar su afecto á los autores de sus dias.

Y si esta jóven ha recibido una instruccion esmerada, lo cual pende de la instructora, y estas son todas extranjeras, presentará un tipo perfecto y envidiable; porque no dejando nada que desear la educacion, la jóven rusa poco tiene que envidiar á la de los pueblos mas civilizados; y lo mismo que decimos de Rusia, puede decirse de Suecia, de Dinamarca, y de todos los pueblos del Norte de Europa, donde parece que los lazos de la familia y las virtudes del hogar son innatas, y una necesidad del clima, que al reconcentrar á las personas en el hogar, reconcentra sus afecciones, que se desenvuelven en el seno de la familia con una ternura y un encanto que no puede comprender el que ignora la magnitud de estos goces.

Prueba grande, evidente, de la influencia de la mujer, que destruye la monotonía de la casa con los atractivos de su bondad y de su virtud, que hace gratas las largas horas de la noche, los eternos dias del invierno en el Norte, con el cariño que esparce en su derredor; y con su amante sonrisa desarrugará el ceño del señor del hogar, que tendrá á sus órdenes miles de esclavos que temblarán quizá á su mirada. Así cumple la mujer su mision en la tierra y en la familia, así vence sin otras armas que la bondad y la virtud.

A. PIRALA.

GARTAS Á JULIA.

VI.

Yo habia escuchado en silencio, querida Julia, aquella larga relacion; pero al llegar aquí, no pude menos de interrumpirla, exclamando con amargura:

—Yo tambien quise dirigirme esta mañana al corazon de mi marido, y lo encontré cerrado. Al decirle algunas palabras, á mi parecer sensatas, me volvió la espalda y se marchó.

—Y sin embargo, repuso la abuela, debes confesar que tu marido es bueno, que tiene un carácter apacible y que te ama; pero ya te he dicho antes que la estimacion no se conquista en solo un dia. Para adquirir cualquiera frívola habilidad, se necesitan años y años de paciencia y de ejercicio, ¿y quieres que una cosa tan hermosa y trascendental como lo es la estimacion, se consiga sin esfuerzo? Yo tardé mucho en construir el edificio, y lo construí piedra por piedra, puesta la una sobre la otra, con la frente inundada de sudor.

Veamos: empecemos por el principio, por la base, porque cuando la base no es sólida, el edificio se derrumba pronto.

Respóndeme sinceramente: ¿cuándo tu madre te habló de casamiento, uno de tus primeros y mas hermosos sueños, no fué el de ser ama de tu casa?

Yo callé, Julia, porque los ojos penetrantes de la abuela, fijos en mí, parecian leer hasta en lo mas profundo de mi alma.

—Yo te diría lo que has soñado, prosiguió ella sonriendo; pero es inútil, porque tú bien sabes hoy que un marido no es un amante, que no es un adorador ocupado esclusivamente en adivinar y complacer los caprichos de su dama, sino un hombre que, abrumado con sus negocios, con sus disgustos esteriore, porque el hombre tambien, Enriqueta, tiene batallas que sostener, que no por ser distintas, son menos dolorosas que las nuestras, se cuida poco del interior de su casa. Es, pues, en su casa en donde la mujer puede y *debe* reinar, pero veamos cómo. Si la recién casada es frívola, si gusta del lujo, si se muestra inclinada á sacrificarlo todo á la riqueza de sus trajes, y á las exigencias de la ostentacion, su imperio, el imperio que le habia tocado en justo y equitativo lote, será muy pasajero. El jefe de la familia no tardará en retirar el poder de sus manos, torpes é inespertas, y en volver á poner bajo tutela á la que vé dispuesta á obedecer al capricho mas bien que á la razon. Entonces la esposa se irritará, llamará injusticia, avaricia, quizás, y tiranía, al justo freno que pone á su lijereza; empezarán las disputas, las recriminaciones, y la discordia y la desdicha entrarán en el sagrario doméstico, tal vez para no salir jamás.

Al contrario sucede á la mujer prudente, que empieza por cumplir sus deberes, antes que hacer valer sus derechos en la participacion del mando. Ella no quiere que á los cuidados esteriore, que á las inquietudes de los negocios, y acaso de sus pasiones, escitadas por las luchas consiguientes á su distinta posicion, se unan las rencillas y las incomodidades domésticas, sufridas por el marido con tanta mas impaciencia, cuanto tiene derecho á exigir que su compañera vele para que todo respire en su casa paz, orden y armonía.

Ahora bien, esta paz, este orden, no se puede

conseguir sino á costa de muchos afanes, consagran-
do muchas horas á una sábia administracion, procu-
rando que los criados, que los hijos mas tarde, cum-
plan estrictamente sus respectivos deberes; y esto, lo
repito, no es una cosa frívola que el ama de casa
pueda alcanzarla corriendo por las noches de baile en
baile, y pasando sus mañanas en la cama ó en el to-
cador. No creas que esto sea un reproche, Enrique-
ta: eres aun muy niña, y sé que no te han enseñado
otra cosa. Mi objeto al hablarte así, es solo demos-
trarte cuál es la verdadera caja de Pandora, de la cual
pretenden salir todos los bienes y los males á la vez.
Pero prosigamos: el hombre que ve en su compañera
un sér laborioso é inteligente, lleno de buenos de-
seos, y dotado de una actividad incansable, ni siquiera
piensa en disputarla el mando: lejos de eso, cada dia
se vé dispuesto á hacerla una nueva concesion.

—Y á veces acaba por abdicar, ¿no es cierto? in-
terrompí yo riendo.

—No: repuso la abuela. El marido es un rey abso-
luto, y la mujer su primer ministro; pero si el pri-
mer ministro tiene virtudes y talento, puede trasfor-
marlo en un rey constitucional. Nada mas, Enrique-
ta, porque si pretendiese traspasar este límite, ó se
espone á perderlo todo, ó que la poca consideracion de
que rodea á su marido recaiga sobre sí misma y la
cubra de ridículo.

—Ténlo presente: es preciso que el rey constitu-
cional sea un rey rodeado de todo el esplendor de su
pompa, y que nadie, menos aun que nadie, él mis-
mo, sepa que reina y no gobierna. Volvamos á nues-
tro tema.

Hemos dicho que la autoridad de un dia de la re-
cien casada, no se convierte en autoridad duradera
mas que por medio de un trabajo incesante, aplicado
á cumplir los deberes que adquirió al aceptar el ma-
trimonio. Su cumplimiento, despues de haber dado á
la mujer el derecho de dirigir su casa, la conduce,
antes ó despues, á ser la consejera de su marido en
todos sus negocios, y su consuelo cuando la suerte de-
ja de sonreírle; porque es muy raro, casi sin ejemplo,
que el hombre que ha reconocido en su compañera
un sano juicio, un espíritu recto de órden y de justi-
cia, no la consulte cuando le preocupe algun proyec-
to grave, y entonces los poderosos lazos del interés se
unen á los del amor, para estrechar indisolublemente
los santos nudos del matrimonio.

No pierdas, pues, la fé, Enriqueta: piensa que
una firme voluntad es invencible, y que la estimacion
ajena, como cosa tan bella y de tan grande precio, no
se conquista mas que con las buenas obras.

Aquí llegábamos de nuestra conferencia, cuando
vino á interrumpirnos un labrador, el cual deseaba
enagenar unas tierrecitas de su pertenencia que lin-
daban con nuestras posesiones.

A la abuela le pareció muy bien la proposicion, y

como el labrador, acosado de deudas, necesitaba efec-
tuar al instante el importe de su pequeña hacienda,
se resolvió á seguirle para ver por sí misma lo que
podia valer.

Antonio enganchó la mula al carro, y la abuela
subió en él, juntamente con el labrador; pero antes de
partir me entregó un grueso manojito de llaves, di-
ciéndome:

—Tal vez no esté aquí para la hora de comer, pero
haz tú los honores.

Ay, Julia, suspendo esta carta, porque me causa
rubor confesarte todo lo que me aconteció con la mal-
hadada partida de la abuela: tal vez mañana tenga
mas valor, adios.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

INSTABILIDAD.

Yo ví despues del otoño
Cubrirse la parda sierra
De blancura.
Apenas hubo retoño
Que no cayese por tierra
Sin frescura.
Vide con grillos de hielo
El arroyo aprisionado,
Silencioso;
Mudo el bosque, gris el cielo,
Turbio el rio, seco el prado
Y enojoso.
Vinieron los cefirillos,
De la hermosa primavera
Precursores.
El agua rompió sus grillos,
Brotaron en la pradera
Nuevas flores.
El sol esparció alegría,
Y suavísimos aromas
El ambiente,
Las aves dulce armonía,
Blando arrullo las palomas
Y la fuente.
Qué se hicieron esas galas?
Esas corolas tan bellas,
Y su hechizo?
El tiempo agitó sus alas,
Pasó, y al tocar en ellas
Las deshizo.

Ví la mar embravecida,
De las escarpadas olas
El furor,
Y temblé sobrecogida
Al escuchar á mis solas
Su fragor.

Pasó la noche horrorosa:
Del astro de la mañana
Ví el reflejo,
Miré á la mar procelosa,
Y en la superficie llana
Ví un espejo.

Pasan en rápido vuelo
Los dias, las estaciones
Y los años,
Son fugaces en el suelo
Los gustos, las aflicciones,
Los engaños.

Ay! en la esfera que habito
Nada encuentro perdurable,
Nada igual.
¿Por qué hallarlo solícito,
Si es en el mundo lo instable
Natural?

Este afan, este deseo
Que á un amor inestinguible
Me convida,
No puede ser devaneo;
Es la promesa infalible
De otra vida.

Es la estrella en lontananza
Que á los tristes corazones
Siempre alumbra.
Alimenta su esperanza,
No mata las ambiciones,
Las encumbra.

Rayo amoroso y fecundo!
Yo de tu vivo destello
Voy en pós,
Para mí no basta el mundo,
Quiero lo infinito y bello;
Quiero á Dios!

MICAELA DE SILVA.

EL CIRUJANO DE MARINA.

[Continuacion.]

Cranou golpeaba su cabeza con rabia contra las losas del anfiteatro, y Launay se conmovió por tanta desesperacion.

—Y por qué deseas tan vivamente la libertad?

—Por qué? Ah! vos no habeis estado jamás preso! Por qué? Porque quiero ser libre, porque no puedo vivir aquí. Anhele volver á mi pais antes de morir; calentarme al sol de Marsella. Reflexionad que he hecho mas de veinte años que no he visto un olivo.

—Pero tú no estás bastante fuerte para emprender de nuevo tu antiguo oficio. Te morirás de hambre en el momento de adquirir la libertad.

Cranou dejó escapar una sonrisa llena de desdeñosa vanidad.

—Soy mas rico que todos vosotros.

—Tú, rico?

—Yo.

—Eres entonces bien dichoso.

—Aunque esta palabra hubiese sido pronunciada con ironía, el acento del cirujano tenia sin duda alguna cosa que el forzado comprendió.

—Escuchad, dijo con voz muy baja, ¿quereis vos ser rico tambien? Tengo bastante para los dos.

—Me tomas por un imbécil, Cranou?

—Os repito que tengo de qué hacer vuestra fortuna.

—Hay que cometer algun robo contigo, no es esto?

—No, solo tendréis que recibir el dinero. Ayudadme á huir y parto con vos mi tesoro.

—Guarda tus cuentos para otro—dijo Launay— avergonzado de prestar atencion, mal su grado, á los embustes de un forzado; vamos á la sala y concluyamos.

Hablando así el jóven cirujano se levantó sin aflojar todavía las dos manos de Cranou.

—No quereis creerme? repitió éste con desesperacion.

Os juro por mi nombre, señor Launay, que os he dicho la verdad: ¿qué es necesario hacer para persuadiros?

—Muéstrame tu tesoro.

—No lo tengo aquí: bien sabeis que no puedo tenerlo conmigo; dejadme evadir, y juro delante de Dios, que recibireis vuestra parte.

—La miro como recibida. Vamos, buena pieza, ven y déjate sujetar otra vez con la cadena.

Cranou arrojó un gemido. Por un instante pareció luchar con una incertidumbre punzante, al fin resolviéndose dijo:

—Escuchadme, exclamó con un acento tan verdadero, que el cirujano no pudo menos de comprenderlo así; prometedme no oponeros á mi evasion si os pruebo que no miento.

—Veamos eso.

—Me lo prometéis?

—No arriesgo mucho, supongo.

—Jurad, entonces.

—Sea: te lo juro.

—Y bien... en la playa de San Miguel hácia la parte norte de la roca Irglas, y en el fondo de un hoyo, á seis piés de tierra, oculté hace diez años una caja que contiene 400,000 francos en billetes de Banco.

—Y de dónde te vino esa caja?

—De un viajero á quien asesinamos sobre la misma playa.

—Miserable!

—Cuatrocientos mil francos! repitió el forzado con aire triunfante. Hay para ser ricos los dos; así lo espero. Si quereis, la mitad de la suma es vuestra.

Launay sacudió la cabeza.

—No hay mas que una dificultad en tu historia, y es que hace diez años estabas tú ya aquí en el Baño.

—Há diez años me hallaba yo en fuga con Martin. Dímos entonces el golpe en la playa y ocultamos la caja por miedo de si éramos perseguidos. A la mañana siguiente la gendarmería nos arrestó en Plestiu. Después, Martin ha muerto aquí, y yo he quedado único depositario de este secreto.

A pesar de los esfuerzos de Launay para afectar indiferencia, era evidente que escuchaba al forzado con ávida atención. Cuando éste acabó de hablar, permaneció algun tiempo pensativo, como si discutiese consigo mismo la verosimilitud de lo que acababa de referírsele, mas de repente desechando esta preocupación, le salieron los colores al rostro al encontrar fija sobre él la mirada de Cranou. Entonces con un tono de voz que procuró hacer aparecer ligero, le dijo:

—Tu fábula está bien inventada, pero es vieja: apenas se crén los tesoros ocultos en las óperas cómicas. Búscame, pues, otra historia.

El forzado se estremeció.

—¿Con qué no me creéis?

—Creo que eres un hábil bribon que entretiene su imaginación á costa de los tontos.

—Señor Launay, señor Launay, por favor creedme. La caja se encuentra en un hoyo ó profundidad abierta en el Irglas: estoy seguro de hallarla cuando la busque.

—Y yo te eximo del ofrecimiento que me has hecho.

—Señor Launay, tendreis los dos tercios del tesoro: os daré las dos terceras partes.

—Basta....

—Y todas las alhajas, porque allí hay también joyas de valor.

—Basta, te digo, ni una palabra mas: levántate.

Cranou arrojó un grito de rabia y se dejó caer en tierra.

—No me levantaré; si no me llevan de aquí, no daré un solo paso. Oh! y no quiere creerme! Señor Launay, lo que os he dicho es la pura verdad, por consiguiente... mas no quereis creerme! No teniendo aquí la caja, es imposible probar que no miento! Na-

da mas que dos leguas entre ella y yo, entre el Baño y mi tesoro! Señor Launay, señor Launay, vos os arrepentireis! Creedme por favor, creedme.

El forzado se arrastraba por el suelo, loco de desesperación. En cuanto á Launay mostraba una gran perplejidad. El relato de Cranou habia despertado todo un mundo de malos pensamientos que dominaban en su alma. Por una parte se sentia dispuesto á creer en las palabras del forzado, y á aceptar sus proposiciones, en tanto que por otra, el temor de ser engañado como un tonto, y la vergüenza por semejante connivencia le retenia. Esta última razon le encolerizó, y para acabar de una vez con la tentación, se aproximó á Cranou, y agarrándole por debajo de los brazos, ensayó levantarle para trasportarle por sí mismo á la sala. Viendo sin embargo que sus esfuerzos eran inútiles, se decidió á ir en busca de socorro.

Salió, pues, después de haber cerrado la puerta, echando doble vuelta á la llave, y corrió á la sala de guardia, donde dispuso que dos enfermeros le siguieran.

Cuando se aproximaban al anfiteatro, el sonido de un arma de fuego se oyó á su lado, y casi en el mismo instante, un hombre desnudo y cubierto de sangre apareció tambaleándose á la otra estremidad del corredor. Era Cranou, que habiendo quedado solo, y procurado escaparse por la ventana, acababa de disparar sobre él el centinela.

Launay llegó á tiempo de recibirle en sus brazos, mas la bala le habia atravesado el pecho, dejándole muerto casi en el acto.

(Se continuará.)

R. R. DE MENDOZA.

VARIEDADES.

LA CAZA DEL HOMBRE.

Dos de esos intrépidos aventureros que en los Estados-Unidos se adelantan á la distancia de centenares de millas de las habitaciones mas lejanas, para entregarse á la caza de los venados, y comerciar con las pieles de los que sucumben á los tiros de sus carabinas ó caen en sus lazos, Colter y Potts (estos eran sus nombres), se habian detenido algunos dias cerca de uno de los brazos del Missouri, llamado Horquilla de Jefferson. Una tarde fueron á tender sus lazos cerca de dos leguas mas arriba de la embocadura de un riachuelo que desemboca en la Horquilla.

A la mañana siguiente bajaron por el rio en una piragua para examinar los lazos. El rio era muy estrecho, y las dos orillas se elevaban casi perpendicu-

larmente, lo que impedía dirigir la vista á derecha é izquierda, no permitiendo advertir la proximidad de los hombres ó las fieras, sino por el rumor de sus pasos. Los dos cazadores remaban tranquilamente, cuando de improviso creyó Colter oír pasos numerosos: «los indios!» gritó, y propuso á su compañero remar con todas sus fuerzas para alejarse de tan peligroso lugar.

Potts empezó á burlarse de su camarada, ridiculizando que se dejase amedrentar por una manada de búfalos. Colter se esforzó en disimular su inquietud, y volvió á coger su remo; pero aun no habia avanzado la piragua dos ó tres brazas, cuando unos horribles whoops (gritos particulares de los indios) resonaron en ambas orillas, en las que bien pronto aparecieron muchos centenares de salvajes. Hicieron señas á los desdichados cazadores para que saltasen en tierra, y fué preciso obedecer.

Antes que hubiesen podido salir de la piragua, un salvaje se apoderó de la carabina de Potts, y se la llevó. Colter saltó en tierra, arrancó el arma de las manos del indio, se la entregó á su compañero, que aun estaba en la piragua, y volvió á entrar tambien en ella.

En aquel momento se oyó el chasquido de la cuerda de un arco, luego el silbido de una flecha, y Potts exhaló un grito, diciendo que estaba herido.

Colter le aconsejó que saltase en tierra y se entregase: solo la sumision podia ofrecerles alguna esperanza; pero Potts estaba persuadido que nada tenia que esperar, y deseaba morir luchando. Descargó, pues, su carabina, y cayó muerto uno de los salvajes; un momento despues cayó él á su vez atravesado de flechas.

Entonces, la venganza de los salvajes se dirigió contra Colter, y empezaron por desnudarle.

Como tenia algun conocimiento del idioma de los *Piés-Negros*, comprendió que se trataba de escoger el modo mas divertido de darle la muerte. Algunos querian que se le convirtiese en blanco, donde ejercitar su destreza, pero el caudillo prefirió un juego mas noble; asíó, pues, á Colter por la espalda, y le preguntó si corria con ligereza. El desgraciado cazador conocia bastante las costumbres de los indios para no adivinar el objeto de tan cruel pregunta; comprendió que querian lanzarle á la carrera, como se hace con un ciervo ó un gamo en Europa, y que estaba destinado á proporcionar á sus perseguidores el placer de una especie de caza del hombre.

A pesar de haber gozado cierta fama entre sus amigos de ligero en la carrera, contestó al jefe de los salvajes que era muy torpe para tal ejercicio. La estratagemá fué feliz, pues juzgaron conveniente darle mucha ventaja. El caudillo le condujo á la pradera, casi cuatrocientas varas distante del puesto en que estaban los salvajes, diciéndole al dejarle que se sal-

vase si podia. El pobre diablo no se lo hizo repetir, y emprendió la carrera con toda la energía que podia prestarle la esperanza de salvar la vida. Una gritería espantosa le hizo comprender que toda la trahilla se habia lanzado tras él.

Colter volaba mas bien que corria, y él mismo se admiraba de su vigor y su ligereza; pero tenia que atravesar cerca de dos leguas de pradera antes de llegar á la Horquilla de Missouri. ¿Cómo podia esperar conseguirlo? Salvar á la carrera semejante distancia le parecia superior á las fuerzas humanas. Además, la pradera estaba llena de plantas espinosas, que desgarraban sus piés desnudos. Sin embargo, continuaba corriendo con velocidad extraordinaria, temiendo á cada momento oír el chasquido de un arco y sentir una flecha que atravesaba su cuerpo. No se atrevia á volver la cabeza por temor de perder una pequeña parte de la ventaja que le habian dado, y de la que dependia su vida.

Ya habia atravesado cerca de la mitad de la llanura, y los gritos de los cazadores llegaban á su oído cada vez mas débiles; se aventuró á volver la cabeza, y observó que la masa de los salvajes quedaba á considerable distancia, y que algunos, mas ligeros que los otros, avanzaban desparramados; pero un guerrero, mas ágil aun que los demás, y armado con una azagaya, solo distaba de él unas cien varas.

Animado por una nueva esperanza, Colter redobló sus esfuerzos, y fueron estos tan violentos, que empezó á arrojar tanta sangre por la boca y las narices, que le corria por el pecho. No distaba ya mas que una milla del rio, cuando le pareció que el rumor de los pasos de su perseguidor mas inmediato resonaba mas perceptible. Una mirada dirigida rápidamente á su espalda, le hizo ver que su enemigo se hallaba á menos de veinte varas de distancia, y se disponia á disparar la azagaya que tenia en la mano. Colter se detuvo súbitamente, se volvió con precipitacion y estendió los brazos.

El salvaje, admirado de este repentino movimiento, quiso detenerse para disparar su azagaya, pero sus piernas se enredaron en la maleza y cayó. Al caer, la punta de la azagaya se clavó en el suelo, y el palo se rompió en su mano. Colter, rápido como el relámpago, se precipitó hácia él antes de que hubiese podido levantarse, arrancó de la tierra el fragmento de la azagaya, clavó al salvaje en el suelo, y volvió á emprender su carrera con nuevo ardor.

Quando los indios llegaron cerca de su compañero muerto, se detuvieron algunos momentos para dar alaridos alrededor de él, segun su costumbre. Colter entretanto pudo llegar á la entrada de un bosque de limoneros que ceñian el rio, lo atravesó, se arrojó al agua, y consiguió llegar á nado á la estremidad superior de una isleta, donde los árboles del bosque que continuamente arrastra la corriente, se quedan de-

tenidos en gran número, de modo que forman una especie de balsa. Colter se sumergió debajo de aquel monton de árboles, nadó entre dos aguas, y no subió á la superficie hasta que hubo encontrado entre sus troncos flotantes un espacio vacío encima, del cual las ramas entrelazadas y mezcladas con la maleza y las yerbas que arrastraba la corriente, y se habian detenido ante aquel obstáculo, formaba una especie de techado, bajo el que podia permanecer oculto.

Apenas habia tomado aliento, cuando oyó á los indios en la orilla exhalando gritos de furor, y por los claros del ramaje que le ocultaba los vió arrojar al agua y dirigirse hácia su escondite. Le buscaron largo tiempo, y uno de ellos examinó el sitio que le ocultaba, pero habiéndole visto acercarse, se dejó caer suavemente al fondo del agua y permaneció allí hasta que el salvaje, no encontrándole, se retiró. Los indios abandonaron por fin aquel lugar, y dirigieron sus pesquisas á otra parte. Colter empezaba á regocijarse de su buena fortuna, cuando le ocurrió la idea de que los salvajes, no hallándole en ninguna parte, podrian figurarse que se habia sustraído á su vista, pero que, sin embargo, estaria escondido entre el ramaje allí amontonado, y en este caso podian volver y prender fuego á su escondite. Esta idea fué para él causa de un horrible temor durante el resto del dia; mas por fortuna los indios no pensaron en recurrir á semejante estratagemas.

Llegó la noche, y no oyendo el mas leve ruido, Colter creyó que sus enemigos habian renunciado definitivamente á buscarle; subió, pues, de nuevo á la superficie del agua, y se dejó arrastrar por la corriente, hasta una distancia bastante considerable, evitando con el mayor esmero producir el mas pequeño ruido, nadando, y no haciendo mas movimiento que el necesario para mantenerse á flote. Cuando creyó que estaba á una distancia conveniente saltó en tierra, y anduvo toda la noche precipitadamente, creyendo no poder alejarse de unos lugares que hubieron podido serle fatales.

Al dia siguiente, Colter, estenuado de cansancio, y casi muerto de hambre, llegó á una estacion de cazadores, que se apresuraron á socorrerle.

(Traducido.)

CARMEN TAMARIT DE FLAMANT.

TEATROS.

Hoy nos vemos en un verdadero apuro al querer desempeñar nuestro ordinario cometido de narradores de novedades teatrales, por la poderosa razon de que no existen. Ya los coliseos, excepto uno, han cerra-

do sus puertas que no volverán á abrirse hasta el inmediato otoño. Agítanse hoy interiormente con la elaboracion de sus futuras compañías, y los actores que en ellos han trabajado salen en gran número, ó se disponen á salir, á veranear en teatros de provincia. Aparte del de la calle de Jovellanos, los demás se hallan mudos, pues no queremos contar como temporada la corta série de funciones que en uno de los otros está acabando de dar una compañía italiana.— Ya ven, pues, nuestras lectoras cuán imposible nos es dar interés á la presente ojeada, á no ser que inventemos los acontecimientos á que hayamos de referirnos.

Tiene la empresa que dirige el coliseo de la ZARZUELA un laudable deseo de agradar constantemente á sus numerosos favorecedores. Pruébalo el gran número de obras que en aquel se estrenan y los muchos medios de que echa mano para mantener viva la aficion de su clientela. Sin embargo, por desgracia ó por equivocada direccion, este año es para ella poco propicio, hasta el punto de que lo hubiera pasado mal á no haberla protegido su bien sentado crédito. Obras de autores acreditados han fracasado cuando no se esperaba; otras han pasado sin dejar huella en su repertorio; otras por último han muerto antes de nacer, siendo retiradas hasta de los ensayos generales.

En uno de esta clase, ó de los finales para aparecer en la escena, ha sido suspendida la zarzuela en tres actos, titulada *Una tia en Indias*, que desde hacia mucho tiempo venia anunciándose, y cuyo estreno iba á verificarse en la semana que hoy concluye. Es de creer que se haya tomado semejante extrema determinacion porque no auguraba buen éxito, lo cual sentimos por los autores y por la empresa, cuyos respectivos esfuerzos se han visto defraudados. Lo que no se explica es cómo no se ha comprendido hasta llegar á los últimos momentos la necesidad que habia de adoptar una medida tan desesperada, hablando en el supuesto de que sea el motivo indicado el que ha ocasionado la retirada de la obra en cuestion.

Dos ó tres piezas deben estrenarse á la mayor brevedad, siendo una de ellas la nominada *Los Herederos*, á la cual deseamos próspera fortuna. Otra de las mismas es un gracioso juguete, ó á propósito, hecho para el beneficio de los coristas, sin elevadas pretensiones, pero que probablemente hará pasar un rato alegre á los espectadores. Tambien nos complacerá vivamente que obtenga un resultado lisonjero la produccion á que nos referimos.

En el mismo teatro de la ZARZUELA debe dar próximamente una funcion D. Andrés Parera, concertista de flauta y compositor de quien anticipan elogios los periódicos. Segun parece, tocará una *overtura* con la orquesta, una fantasía sobre motivos de *Luisa Miller*, y otra pieza que ahora no recordamos.—No sabemos cuando aparecerá ante el público porque no

lo determinan todavía los carteles en el día en que trazamos estas líneas.

En el PRINCIPE está terminando la serie de funciones de abono ofrecidas por la compañía italiana á cuyo frente se hallan la señora Santoni, y el señor Prospero. El mérito indudable de dichos artistas, y mas singularmente de la primera, ha sido recompensado, y sigue siéndolo, con entusiastas aplausos. Muchas han sido las obras representadas en esta breve temporada; diversos los caracteres que les han tocado representar y animar, y casi siempre han obtenido un éxito halagüeño. Sin embargo, el rigor de la estación impide que sean nutridas las entradas de este coliseo, además de tener que luchar con la escasa popularidad del espectáculo que en él hoy se verifica.

En VARIEDADES hubo noches atrás una función variada que tuvo el carácter de cómico-lírica, y que fué por cierto agradable. En ella se ejecutó, entre otras cosas, *Mi secretario y yo* por las señoras Berrobiano y Orgaz y los señores Romea. Salió bien interpretada la linda y popular comedia del señor Breton: estos últimos actores rayaron á una superior altura. En dicha función tocó en el piano diversas piezas la jóven y reputada artista señorita Penélope Bigazzi. Su ejecución, su seguridad y su buen gusto agradaron como otras veces á los oyentes; recibiendo calorosas palmadas, y flores y palomas, en señal de su triunfo.

Aquí llegamos hoy en nuestra excursión, porque nada más se puede decir de particular. Tal vez en el próximo número de este periódico podamos hablar de alguna nueva obra estrenada en el coliseo de la ZARZUELA.

Para concluir diremos que ya han comenzado los saltos y ejercicios veraniegos; esto es, que en la noche del miércoles último inauguró sus funciones el *Circo de Price*.

ANTONIO ARNAO.

MODAS.



«La Moda, dice un periódico extranjero, es una gran señora, á cuyos péis los caballeros de los antiguos tiempos habrían perdido infructuosamente su valor y galantería, sin haber obtenido una de sus sonrisas ni fijar por un solo momento sus caprichos.»

Verdaderamente la Moda es inconstante por necesidad: si se estacionase perdería su nombre. Siempre jóven, siempre vieja, porque para ella no hay ayer ni mañana, vive un día, segura de agradar, porque la *Novedad* es un deseo inherente á las hijas de Eva. Viajera intrépida á quien no arredra la fatiga, ni cansa el trabajo, es variable como el viento, rápida como el tiempo que la arrastra.

A pesar de su inmenso poderío no es inflexible, antes bien se acomoda á todas las circunstancias, á to-

das las estaciones. Apenas la primavera nos sonrío, toma para sus trajes el suave color de las lilas, la blancura de la azucena, y los matiza con las flores de la pradera, imitando también en las gasas y baretes las ligeras alas de la mariposa.

Y tanto es así, que las variaciones atmosféricas paralizan á veces su marcha, como ha sucedido con las lluvias de estos días. A su influjo, los graciosos vestidos de barés, de cuerpo abierto y con solapa, se cubren con el saco de seda negro, esperando días mas serenos.

Nosotros también por igual causa suspendemos hoy nuestra revista, contentándonos con ofrecer á nuestras amables lectoras los muchos y lindos modelos de la siguiente

Explicación del FIGURIN de detalles, núm. 670 bis.

NUM. 1. *Toquilla* de tul blanco, bordado, adornada de una blonda ancha, levantada por delante y plegada en los lados. Unos lazos de terciopelitos azules se colocan sobre la frente, y otro de cinta del núm. 16, también azul, por detrás.

NUM. 2. *Toquilla* de tul negro, de la misma forma que la anterior, guarnecida de Chantilly: sobre la frente hay un lazo de cinta de seda, color de lila, y otro por detrás. Al lado derecho hay un adorno de ramaje verde con frutos encarnados.

NUM. 3. *Prendido* para soaré, de aplicación de Inglaterra. Este modelo no tiene fondo: el encaje va plegado y levantado de trecho en trecho con pimpollos de rosas.

NUM. 4. *Negligé* de primavera, para el campo. Este modelo se hace de muselina suiza, bordada, y va forrado de tafetan lila ó del color que se quiera. Un bullon de muselina, con dos cabezas de guipur, guarnece los contornos, y por él se pasa una cinta del color de los lazos, que sirven de adorno á esta zuava.

NUM. 5. *Manga* interior, de codo, que sirve para llevarla con mangas estrechas ó entreabiertas. Este modelo es de muselina suiza, y va bullonado hasta la sangría. Al lado y en el bajo hay un plegado de muselina, guarnecido de Valenciennes, y que sube hasta el codo, puesto en un biés de nausouk, picado dos veces. Este plegado debe hacerse muy fino.

NUM. 6. *Manga* bullon de muselina, á la suiza, con puño recto, bordado.

Núm. 7. *Manga* bullon de muselina clarín, con puño de lo mismo, respunteado.

NUM. 8. *Manga* bullon de chaconada fina, de puño doble, bordado á la inglesa ó con calados, y guarnecido de Valenciennes.

Núm. 9. *Cuello* de muselina, correspondiente á la manga núm. 6.

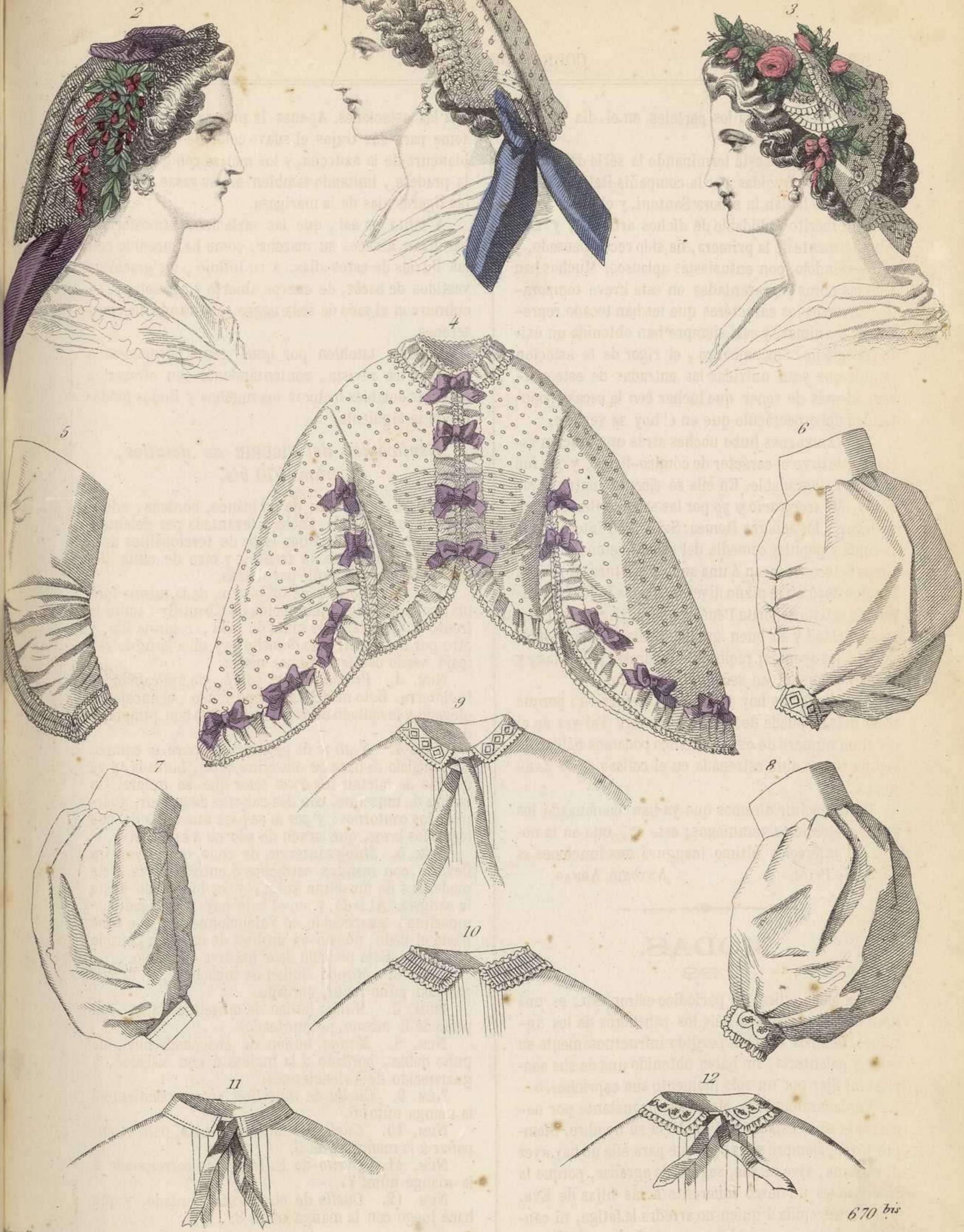
Núm. 10. *Cuello* de muselina suiza, para acompañar á la manga núm. 5.

NUM. 11. *Cuello* de batista, que corresponde á la manga núm. 7.

NUM. 12. *Cuello* de chaconada, bordado, y que hace juego con la manga núm. 8.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



670 bis

Paris 22, r. St. Elizabeth

LE MONITEUR DE LA MODE

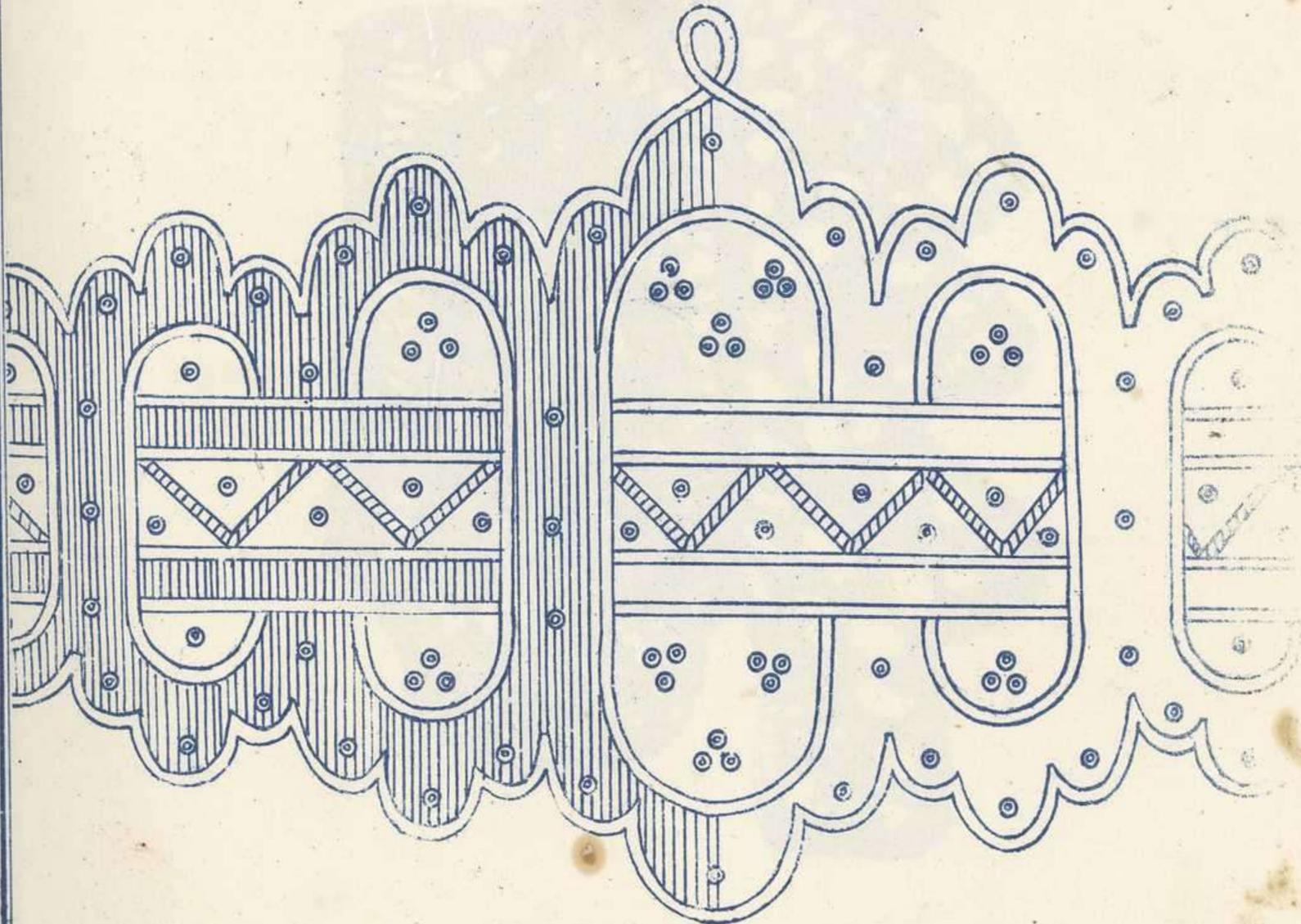
Paris, Rue de Richelieu, 92.

Modeles de Lingerie de M^{lle} Anna Loth, Place Vendôme, 28.

1



2



Mayo de 1862.

Correo de la Moda.

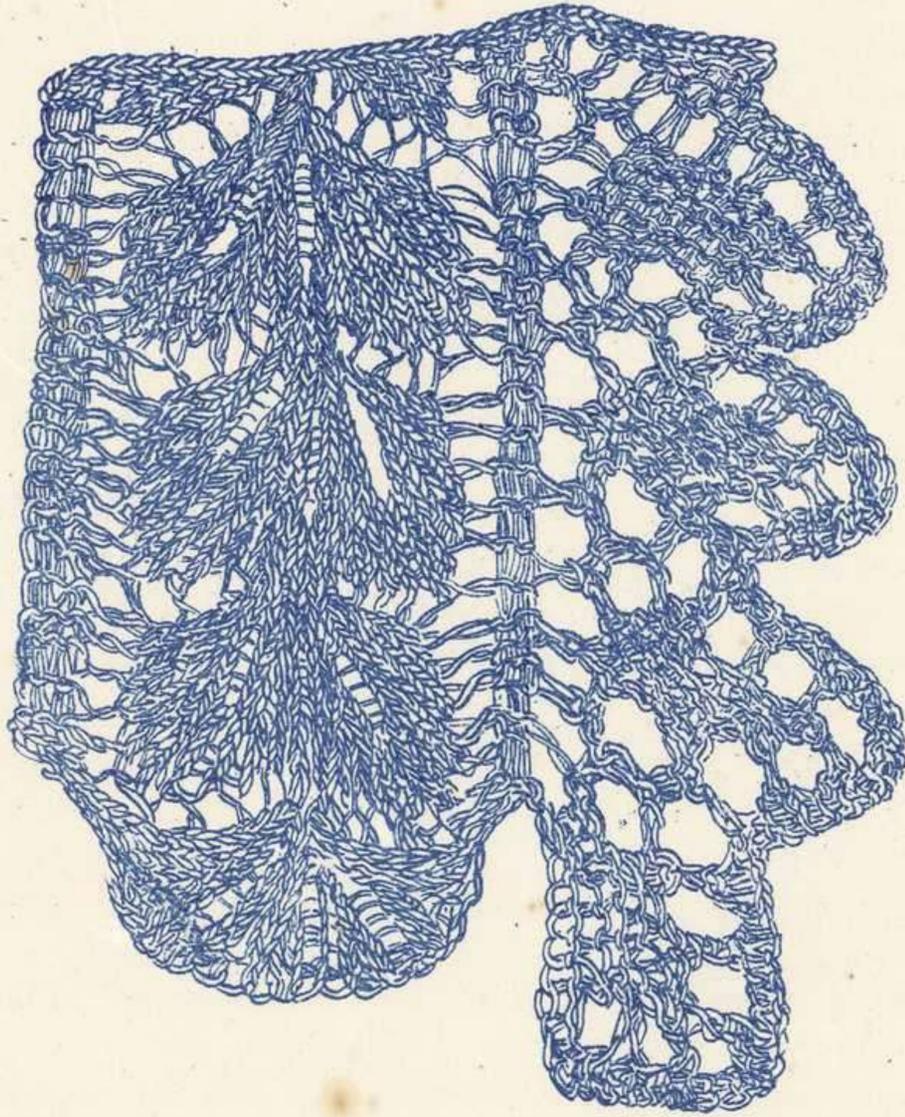
Lib. de...



1



2



Mayo de 1862.

Lit. de J. Aragon.

Correo de la Moda.

